

La finalización y la dedicatoria definitiva del segundo templo se realizaron en 516 antes de J.C. Varios fragmentos de la colección de salmos se relacionan, al parecer, con tan solemne acontecimiento. Aunque reinaba gran pobreza, la pompa pudo ser extraordinaria, porque eran muy numerosos los levitas. Los trajes sacerdotales existieron desde los primeros días del restablecimiento del culto. La música, en aquellos ocios de una vida desocupada, tomó gran desarrollo. Se organizó en grupos, y los diferentes coros parece que practicaron la música de una manera muy sabia. Las orquestas estaban compuestas de instrumentos de cuerda y de viento, acompañados por tamboriles, címbalos, sistros, triángulos y castañuelas. La antifonía y los responsos eran uno de los medios melódicos más usados. El pueblo repetía ciertos estribillos y palabras de adhesión, como *amén*.

Éste fue el origen de aquel culto brillante que llegó en torno del templo de Jerusalén a un punto extraordinario de solemnidad, y que la liturgia cristiana no ha hecho más que copiar a partir del siglo IV durante toda la Edad Media. Aquellos levitas hambrientos fueron grandes artis-

tas: crearon la liturgia, madre fecunda de tantas artes en épocas religiosas.

Los cantores (*mesorerim*) tenían, en aquel grupo de sacristanes familiares, alguna superioridad. Los porteros (*zoarim*) de la puerta del templo, ocupaban el lugar siguiente. Los últimos eran los oblatos (*sutinim*) o «siervos de Salomón». Eran auténticos siervos de la iglesia, esclavos de los levitas, que partían leña y acarreaban agua, normalmente de origen extranjero, dedicados a labores toscas, y contentos con una servidumbre que les permitía estar ociosos. Todo esto formaba un organismo abigarrado, activo y poderoso por el número y la pobreza, que aumentó el grupo de los antiguos *anavim*. Estos pobres de Dios sostenían que el reinado de Jehová sería algún día para ellos solos. La miseria de Israel fue fecunda y creó todo un mundo de poesía. El amor a la casa de Dios, la afición a su culto, la dicha de permanecer junto a él, de considerarse, aunque pobres, superiores al resto del mundo, todos estos rasgos empiezan a aparecer en Ezequías y terminan en el levita pobre de la época del regreso.

Este clero bajo, sin situación exterior, recibía con frecuencia quejas de los sacerdotes sadokitas que abusaban de la condición de aquéllos y no les daban siempre lo que era debido. El grito de perpetuo martirio, que llena los salmos, la indignación del condenado a permanecer pobre mientras el rico saduceo prospera y se enorgullece, esconden tal vez hondos odios eclesiásticos. La más peligrosa democracia es una democracia de santos, más piadosa que los sacerdotes, y despreciada por el clero oficial y la burguesía, pero que toma el desquite de ser más santa que el sacerdocio.

Lo que hacía más grave la situación era que todo aquel mundo levítico constituía una cofradía muy estrecha, una verdadera comunidad, una especie de iglesia. Los *anavim* eran como hermanos, que vivían juntos en la familiaridad más dulce. Los pobres se quieren entre sí.

De este modo se creó en Jerusalén a últimos del siglo VI antes de J.C. todo un pueblo sacerdotal, muy diferente de los de la Edad Media, pues no existía para él la fuerza coercitiva de una regla rigurosa y de una jerarquía sostenida por el brazo seglar. Los cantores, sobre todo, se multiplicaron mucho más de lo necesario. Como por otra parte no había mucho empeño en vivir en Jerusalén, los cantores se alojaron en Netofa, cerca de Belén, en Betti Gilgal, en los campos de Geba y de Azmavet. Allí se edificaron unos pueblos donde vivían solos, trabajando las tierras próximas. Los himnos nacían espontáneamente en esta situación tan singular. La necesidad de ir a Jerusalén en las peregrinaciones originaba viajes periódicos llenos de encantos. A aquella época pertenecían muchos cánticos de deliciosa poesía, llenos de hermosura religiosa que ha vencido al tiempo. Los artistas faltos de pan que cincelaron estas joyas de lenguaje y de sentimiento valían tanto como los poetas admirables que, en la misma época, componían el tesoro de la lírida dórica, o sea la obra más completa del genio griego.